Cartas astorganas

A Antonio Pereira

Esteban Carro Celada

Querido amigo: Por villafranquino eres medio astorgano. Sobre la brujuleante validez de tus gafas se refleja lo puntiagudo del ciprés de la Anunciada y el gallo del monte suena en la negrura de tu cabellera, como un campanario humano, lleno de soledad, de truchas, de agua de bronce por la mañana.

Tú eres un poeta, un gran poeta, arraigado como nuestro Leopoldo. Tu libro lo dice bien claro: «Del monte y los caminos ». Y lo dice más todavía la dedicatoria del libro: «A mi padre, que trabaja el hierro».

Y así eres la manufactura familiar y la forja. Tus versos están tallados con profundidad, como

«Vuelve a la mancera del arado

Del arado

romano».

Tus versos han venido a darnos una coherente materia poética de tu vida, de tu Villafranca natal y sus «concejos».

Tú sabes cómo todos recordamos en Villafranca la Charola y los ríos, y la Puerta del Perdón y ahora también los Amantes de Teruel», de Harzenluch. El romanticismo -un mito del amor- llevado a los escenarios hoy día, por los jóvenes villafranquinos.

Tú, amigo Pereira, nos hablas del «Dios diario» y dices que «Dios les es amigo» a estas gentes. Ponemos la mano sobre la verdad.

A través de tu piel mercantil, de tu reposada palabra has comprendido el signo de pobreza ruda de tus tierras, de sus montes, de rápido crepúsculo de balcón almibarado.

Tú sabes que «la distancia» es la forma suprema del amor. Conoces tus hombres existenciales, llenos de sangre rústica y de hervor súbito

«Criatura de capa, poblador

de un mundo donde acabas

y fue un hueco grande como un hombre»

Tú eres de ellos, de los villafranquinos, de la región de lo pobre. Y como Pedro, «cuando Dios quiere hacerse muy del monte Para llevar a Dios junto a los hombres va sólo y cuesta arriba un hombre como ellos».

Creo, Pereira, que ésta es tu revelación. Tu conformidad rebelde y caliente y originaria con los tuyos. La cohesión de la torja y de la herrería en los versos y en el sudor.

Te escribo esta carta, amigo Pereira, desde esta Astorga, acorralada de Maragatería, Sequeda y Cepeda, como tú vives en tu libro por el monte y los caminos.

Esos montes aún están poblados de tus gritos de niño, aún sus jaras nacen en el aire envidadas por las campanas resplandecientes de Villafranca. Esos caminos llenos de millones de huellas, durante siglos. Villafranca, la encrucijada jacobea, y la proximidad

«de este poco de muerte,

de esta media vida»

Esta vida de allí, sin fácil belleza.

Pereira, desde Astorga, el compromiso alegre de haber sido homogéneo con tu tierra y no haber renegado de las torres becquerianas de Villafranca ni tampoco de las arrugas profundas de sus hombres, arrugas gloriosas de alma y cuerpo.